

Aseo.

12. Cuidad mucho de que los niños no se ensucien á propósito sus vestidos y de que los conserven limpios la mayor parte del tiempo posible; que se laven bien las manos y la cara; que se peinen cuidadosamente, y que no concurren á la escuela con ropas desgarradas ó descosidas: puede tenerse limpia la blusa que sea mas pobre; los padres mismos, en la indigencia, pueden peinar á su hijo ó cuidar de que él se peine. No se necesita para todas estas cosas sino un poco de tiempo, de buena voluntad y de agua. Sed, bajo este concepto, en extremo exigente, y obtendréis sin duda alguna cuanto llegueis á exigir: el niño á quien hayais dirigido observaciones, primero en particular, y luego en público, sobre la negligencia que se tiene en su cuidado, las repetirá á sus padres; las repetirá con muestras de disgusto, y aun llorando; y como temerá que se le humille delante de sus compañeros, como es muy probable que estos mismos compañeros, dóciles á vuestra voz rehusen jugar con él mientras no se presente perfectamente limpio, obligará á sus padres, por decirlo así, á que hagan lo que bajo tal concepto hayais prescrito.

Entonces vos, por vuestra parte, felicitadle por semejante mejora; excitad á sus camaradas á que se aproximen á él y obrad de modo que sienta y haga sentir á sus padres las dichas consecuencias de este cambio: no será él solo quien adquiera gusto en el aseo, sino que hasta aquellos llegarán á adquirirle.

13. Debeis entender bien que no se trata aquí de la elegancia, sino del aseo. Los andrajos más miserables, cuando se arreglen bien y esten bien limpios, deben ser tan bellos á vuestros ojos como los trajes de capricho con que la señora principal del pueblo quiera adornar á los hijos que os envia. Tened mucho cuidado, al hablar del desaseo, de no dejar se os escape una sola palabra que,

mal interpretada por los niños, parezca dirigirse á la miseria. Vos mismo no debeis ver ni aun querer averiguar si son finos ó groseros los vestidos de vuestros alumnos, si están ó no remendados; no distinguiréis sino dos especies de trajes, los que están en orden y los que no lo estan; y lo estarán indudablemente todos, gracias á vuestra perseverante voluntad, así como perfectamente peinadas todas las cabezas, exactamente lavadas todas las caras y manos, y los calzados limpios.

14. Es indisculpable que haya Maestros descuidados en punto tan importante, y crean que les basta dirigir á sus discípulos algunas advertencias generales, fiados en que los padres harán el resto. Olvidan estos maestros que se les encarga la educacion de los niños así como su enseñanza, y que los hábitos de limpieza constituyen una parte esencial de la educacion.

Si hay en vuestra escuela algun niño que haya tenido la desgracia de perder á su madre, redoblares para con él la vigilancia por lo que respecta al aseo, porque es muy raro que á una madre se la reemplace bien en esta especie de cuidados.

Los niños atacados de una enfermedad contagiosa ó de un mal que sin serlo, provoque un sentimiento de repulsion ó disgusto, deben dejar de concurrir á la escuela hasta que esten curados.

Modestia (1).

15. Es la modestia la salvaguardia de la inocencia: los hábitos de decencia y de modestia contraídos desde la mas tierna infancia, preservan mucho más á los jóvenes del desorden que lo podrian hacer las lecciones y los consejos.

Deben ser vigilados los niños, bajo tal concepto, con ex-

(1) La palabra *modestia*, en este artículo, significa la *decencia exterior*, signo de la *pureza interior*.

tremo cuidado; carecen naturalmente de la idea de decencia exterior, puesto que ignoran lo que es vicio; es preciso pues dirigirles al objeto severas prescripciones, y hacerles contraer estos hábitos que vienen á ser mas tarde como una barrera y un insuperable obstáculo que se oponen á las peligrosas seducciones de los sentidos.

Dan á la niñez una maravillosa gracia la inocencia y la modestia: las dichas cualidades de la primera edad se mantienen por ellas hasta la adolescencia en toda su pureza; mas quien ha perdido la modestia y la inocencia corre rápidamente á la pérdida total de las costumbres.

Vigilad pues con esmero sobre este punto, y cuidad de que conserven los niños esa pureza exterior que es verdadera imagen de la del alma.

16. No llameis la atención de vuestros alumnos sobre una falta que alguno de ellos por descuido haya podido cometer contra la modestia: reprendedle particularmente; y si la falta se ha cometido en público, castigadla con un aire de desprecio y de disgusto. Obrareis así con mas acierto que si reprendiérais ó amenazárais.

17. Hablad poco en general de lo que pueda herir la modestia; pues al lado de la ventaja de preservar la inocencia está el peligro de abrírle los ojos. Os lo repito, haced que vuestros discipulos contraigan buenos hábitos: he aquí la sola cosa importante sobre este particular. Entendedos al objeto con los padres, y obtened que adopten en el hogar de las familias todas las precauciones que reclaman la conservacion de una virtud tan importante, y si los padres se os presentan algunas veces un poco indiferentes bajo tal punto de vista, contad con que sereis secundados por las madres con todo su poder.

18. A un niño que cometa algunas faltas contra la decencia exterior, no le considereis desde luego como inmodesto y corrompido; pues hay por parte de los niños muchas cosas que no significan absolutamente nada, á causa de su misma inocencia y de su ignorancia. No creais fa-

cilmente en el mal ; pero sed muy celoso en prevenirle , é impedid cuidadosamente que tales faltas degeneren en hábito.

Os renuevo aquí la recomendacion de no permitir jamás que los niños tengan sus manos bajo la mesa. No consintais nunca que una seccion de la clase pueda ocultarse de vuestra vista cuando deis leccion á otra.

Siempre que sea oportuno, dad á vuestros discípulos esta leccion. « No hagais ni digais jamás nada , estéis solos ó con vuestros compañeros , que no podais repetir á vuestros padres. — Dios lo ve todo.--Dios vela sobre vosotros y lee en el fondo de vuestros pensamientos. »

Complacencia.

19. La falta de complacencia y de espontaneidad en servir á los otros, reconoce su principio en el egoismo ; vicio perjudicial que es preciso desarraigar muy pronto del alma de los niños.

Debe ejercitárselos en lo posible en que sean complacientes y serviciales : las ocasiones que para esto se presentan en la escuela son muy raras ; pero se pueden encontrar, y la habilidad del Maestro dará ocasion á que las haya. Un niño, por ejemplo, puede prestar gustoso su libro á otro; un discípulo puede corregir las faltas que en su tarea cometa un camarada, y enseñarle, con permiso del maestro, á aprender mejor su leccion.

Podréis recomendar á los mayores el que acompañen á la casa á sus vecinos mas jóvenes, vigilándolos por el camino ; y excitarlos á visitar á un compañero enfermo, á hacerle compañía , á rendirle algun servicio.

20. Insisto sobre esta amable cualidad , de que los niños tienen el gérmen, pero que el desacertado orgullo de los padres ó la irónica necedad de sus compañeros suele ahogar con frecuencia : « Por qué haces eso por él ?..... Eres tú su criado ?..... ; Vaya ! deberias avergonzarte !....

Si le ayudas otra vez á recoger en el campo su ganado, ya verás !..... »

¿ Se hablaria y se obraria de otro modo teniendo decidida intencion de dañar el corazon de los niños ?

A vos es á quien toca reparar ó prevenir este mal , aprovechando en la escuela cuantas ocasiones se os ofrezcan de hacer á los niños serviciales y complacientes los unos para los otros.

21. En cuanto á los servicios que os podrian rendir á vos mismo , no los acepteis sino en muy raras ocasiones, y , sobre todo , no permitais que por vos hagan nunca un trabajo que sea útil á vuestros intereses ó á vuestra casa.

Política.

22. No es preciso exigir de los niños una política esmerada ; pues no adquiririan semejante cualidad sino á expensas de la sencillez y de la franqueza , cualidades infinitamente mas preciosas ; pero sí es preciso :

1.º Inspirarles el sentimiento de la verdadera política , de la política del corazon , que consiste en preferir los otros á sí mismo , y en procurar serles agradable ;

2.º Enseñarles esas maneras exteriores que son el signo de los sentimientos interiores , y sin las cuales un niño pasaria por grosero y por mal educado , aún cuando en sí mismas no tienen importancia alguna : saber , por ejemplo , á propósito de saludar , descubrirse , tenerse de pié ;

3.º No permitir entre ellos expresiones groseras , injurias , ni contradicciones insultantes ; exigir que se llamen los unos á los otros , por sus verdaderos nombres de familia ó por sus apellidos , y nunca por mote , á lo menos en clase , y sobre todo , donde quiera que vos esteis.

23 Dadles ejemplo de política , habladles siempre con dulzura y sin nada de familiaridad ; que jamás salga de vuestra boca un término injurioso. Decir á un discípulo : « Vd. no sabe nada , Vd. no estudia , » es una reprehension

y un aviso; pero decirle: «Es Vd. un borrico,» es una grosera injuria, que hace reir á los niños á expensas del discípulo insultado, y que les enseña á ser duros y crueles.

Sinceridad.

24. No hay defecto mas frecuente entre los niños que la mentira, ni otro tampoco que ofrezca á su educacion mayor obstáculo.

Los niños, por regla general, no mienten por el solo placer de mentir, pero puede haber algunos sin embargo que hayan contraido tan deplorable manía; sobre todo, en alguna de nuestras provincias meridionales, donde hay muchas personas que del mentir hacen un juego y donde pasa como un proverbio que es permitida la mentira cuando no perjudica á nadie. No os aconsejo que repunteis como indignas mentiras esos juegos de una imaginacion desordenada; mostrad únicamente que os inspiran aversion ó desprecio, y que experimentais por los que se las permiten una compasion mezclada de alguna desconfianza. Es muy probable que con conducta tan sensata y prudente contribuiréis mucho á desarraigat, en las personas con quienes esteis en relacion, esa detestable falta.

25. En cuanto á la mentira propiamente dicha, es un vicio muy grande, que va mezclado á todos los demás. Es preciso que la combatais con todas vuestras fuerzas, pero sin debilitar por la exageracion el efecto de vuestras palabras. No digais á los niños como con frecuencia y muy poco á propósito se les dice, que *es peor un embustero que un ladrón*. En primer lugar, esto, lo sabeis muy bien, no es verdad: el niño que, por librarse de un castigo, dice que ha dejado olvidada en su casa una copia que no ha hecho, y aun que va en su mentira mucho mas allá ó miente mas gravemente, no será por cierto tan criminal á vuestros ojos como un Candelas, y no es bueno mentir para apartar á vuestros discípulos de la mentira. En segundo lugar: cuan-

do hablais vos así. el niño, en el fondo de su corazón no os cree, no puede creerlos; pues su razón, por muy débil que sea, se subleva contra vuestro exagerado juicio; resultando, como consecuencia natural, que perderá mucho de la confianza que debéis inspirarle; ya porque os atribuya interiormente opiniones exageradas, ó porque crea vuestro lenguaje poco sincero. En fin: el horror que debe inspirar el robo, y la infamia que debe atribuirse al nombre de ladrón, se debilitan necesariamente con tan imprudentes comparaciones.

Dejad pues las cosas tales como son: no citeis, á propósito de la mentira, ni al ladrón ni al asesino; sino mostradle este defecto tal y como es, es decir, como una falta vergonzosa en su principio y peligrosa en sus consecuencias, que, cuando degenera en costumbre, deshonra á quien la usa é impide que se le crea, aun cuando diga la verdad.

26. No serán muchos nunca cuantos esfuerzos hagais para acostumar á los niños á ser sinceros: sin esto, será imposible su buena educación. Porque ¿cómo podreis dirigir con inteligencia y con buen éxito á quien no conocéis? ¿Y cómo podreis conocer á quien os miente?

Los niños, en general, tienen un recurso en la mentira para ocultar sus faltas, su ignorancia, sus malas intenciones, así como también para obtener lo que desean ó librarse de lo que temen.

Hay dos clases de mentiras: una referente al pasado, y otra al porvenir. Tiene lugar la primera cuando se niega lo que se ha hecho, cuando se afirma haber hecho lo no efectuado, ó, en general, cuando á sabiendas se habla contra la verdad de las cosas. Y tiene lugar la otra, cuando se promete lo que no hay designio de cumplir, cuando se manifiesta una intención distinta de la que en realidad se tiene.

27. Esta segunda especie de mentira, muy común por desgracia entre los hombres, es rara entre los niños. Y no porque dejen de faltar con frecuencia á las promesas, que

han hecho y á las intenciones que han manifestado; sino por ser hijas semejantes faltas de olvido, ligereza ó debilidad, mucho mas que de propósito deliberado: cuando ellos prometen, es con intencion de cumplir; por consecuencia, son sinceros. Lo que les falta en este caso no es sino firmeza para permanecer fieles á sus buenas resoluciones; pudiendo suceder tambien que no hayan comprendido, al ofrecer, aquello á que se comprometían; pues no tienen, en general, sino una idea muy vaga de los obstáculos que se pueden oponer al cumplimiento de una promesa y de los esfuerzos que se necesitarán para vencerlos. Su razon, poco formada aun, basta apenas á las necesidades del presente: ¿Cómo podrá ilustrarles sobre el porvenir? Esto es lo que no comprenden muchos padres imprudentes que á cada instante, exigen de un niño promesas que le comprometen á lo que no saben. Es una verdadera manía de parte de los padres, y con ella dan lugar á que puedan los niños disculparse de no cumplir lo que prometen. En vez de obrar con firmeza cuando un niño comete una falta de esta especie, y de velar seriamente para que ésta no se repita, se prefiere exigirle promesas que no puede rehusar, que él da muy contento para salir de apuro, y que pasados dos ó tres dias se han de olvidar. Se satisface al mismo tiempo con esta manía la que se tiene de ser bachilleres con los niños, cambiando con ellos un diluvio de palabras inútiles, y haciéndoles, en virtud de ella, contraer un hábito que no puede sino serles muy funesto en el curso de la vida; pues se les acostumbra á contratar haciendo promesas, dadas al azar, y á profanar la santidad de los compromisos, mucho tiempo antes que la ley los reconozca aptos para contratar.

28. No imitaréis vos á estos padres imprudentes; no exigiréis promesas sino de aquellos de vuestros discípulos que sean ya bastante razonables para conocer la importancia de aquellas, y si llegan á faltar no les acusareis por esto de mentira: porque es preciso aplicar á cada falta el